(Núm. 61.)

LISARDO EL ESTUDIANTE.



NUEVA RELACION,

en que se declara los lances de amor, miedos y sobresaltos que acaecieron á este caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y á doña Teodora, de la de Salamanca.

PRIMERA PARTE.

Escucha, Cárlos, mi historia,
si no te enfada el oirla,
por lo estraordinaria y larga,
no menos que por prolija
y triste en su relacion;
pues ella será vestida
de repetidos asombros,
siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo
Córdoba es la patria mia,
y tierra donde mis ojos
la primera luz veian;
el apellido no es justo
que en público lo repita:

tú lo sabes, y lo callo
por honor de mi familia.
En esta ciudad criéme
con las costumbres debidas
y estilos mas bien versados
que hay en la caballería.
Y despues que hube estudiado
hasta la filosofia,
llegué á la edad mas perfecta
de mis años, pues cumplia
diez y siete primaveras,
cuando mi padre sentia
que andaba mal divertido,
con que al instante me envia
á estudiar á Salamanca,
fletándome la partida
con dineros y un criado
que llevé en mi compañia.
Dentro pues de breve tiempo
á los muros dimos vista
de Salamanca, entré en ella,
descansé, y al otro dia
la Universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde estudiantes concurren
de toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes,
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias,
dándole á todo salida,
y por eso en la ciudad
todos ya me conocian.
Adquirí muchos amigos
de mi propia gerarquía,
y entre estos mi voluntad
á uno solo preferia,
mi corazon le fiaba,
y él el suyo me ofrecia.
Claudio tenia por nombre,
siendo la amistad tan fina,
que tú por tú nos hablamos.
Claudio una hermana tenia
llamada doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,
de discrecion recatada,
que de sus ojos las niñas
jamás levantó del suelo,
siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
quedando yerto sin vida,
desde el punto en que la vi
era una hoguera encendida
mi pecho, un volcan ardiente,
y aunque me hallaba á la vista
de Teodora, nunca pude
hablarla sino por cifras;
y ella, honesta y sonrosada,
se hacia desentendida,
bien por temor de su hermano,
ó por rigor de dos tias
que eran las que la criaron,
y á su cargo la tenian.
Quise pedirla á su hermano,
y me dieron la noticia
de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
Con pesar tan tristes nuevas
adquirí, pues que mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
descuadernado de insultos,
desvelado de fatigas,
obstinado de congojas,
en fin, sin norte y sin guia,
hasta que tuve ocasion
por una criada antigua
de la casa de Teodora,
que humilde y compadecida
de mí, se determinó
por un postigo que habia,
el darme entrada una noche
de algun interés movida.
Hízome francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subí la escalera arriba,

puestos de sobrepellices,
con sus hachas encendidas,
con su cruz y manga negra,
y á ninguno conocia.
Vi á la postre que llevaban
entre cuatro (¡qué fatiga!)
en un pavés á un difunto
que una bayeta cubria.
Acabaron de pasar,
y como me perseguian
á un tiempo tantos asombros,
ya de puro miedo hacia
valor, algo recobrado,
y ya que llegando iban
al monasterio, reparo
que en la iglesia se veian
entrambas puertas abiertas,
con mil luces encendidas,
y todos se entraron dentro.
Aquí ya despavorida
la mente, consideraba
que si atrás yo me volvia,
aun mas peligro me estaban
amenazando la vida.
En fin, mas muerto que vivo,
con la sangre helada y fria
llegué tambien á la iglesia,
donde tragando salivas
estuve á la puerta un rato
si entraria ó no entraria,
observando desde alli
á toda la clarecía,
que dividida en dos coros
las exequias disponia.
Despues que al difunto cuerpo
en medio puesto lo habian,
cercado de muchas luces,
les oí cantar la vigilia,
y dije: en cantos tan santos
no puede haber fantasía
de apariencias ó visiones,
con que á entrar me resolvia.
Lo mas secreto que pude
entré, y con agua bendita
signándome muchas veces,
ni un Pater-noster podia
rezar, á causa que tantos
en mí pusieron la vista,
atisbándome sus ojos
por donde quiera que iba.
Ya que nadie me miraba,
con recato y cortesía
le pregunté al mas cercano
de los cantores que habia,
que quién era aquel difunto.
Un suspiro dió y decia:
es Lisardo el estudiante,
de quien podeis dar noticia
vos, como que sois el mismo.
Aquí sí me acometian
los verdaderos temores,
aquí fueron las fatigas,
aquí fue el tentarme el pecho,
por si herido lo sentia,
como suele acontecer,
y á preguntar volvia
á otro, á ver si concordaba.
Lo mismo me respondia;
á lo cual les repliqué,
mirasen lo que decian,
á los dos, que se engañaban,
que yo de cierto sabia
que no era Lisardo muerto.
Aun acabado no habia
de decir estas razones,
cuando aquel que presidia,
puesto en pie dió una palmada
y por todos respondia,
diciéndome: caballero,
cuantos estan á tu vista
son ánimas del purgatorio,
que ayudadas y asistidas
de la oracion y limosna
de Lisardo, agradecidas
hemos venido á enterrarle,
y á corresponder benignas,

pidiendo á Dios por su alma,
que de presente se mira
en duda su salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedis
los oficios, no prosigan,
que asi vos lo perdereis.
Apenas esto decia.
cuando matando las luces,
todos desaparecian:
Caí desmayado en tierra,
y aunque casi muerto, oia
las divinas amenazas:
cuando en mi acuerdo volvia
levanté al cielo los ojos
ante Dios por mi osadia,
diciendo: Señor, conozco
el mal ejemplo y doctrina
que he dado en tu santa casa,
mas por tu bondad benigna
propongo de aquí adelante
enmendar mi mala vida.
Bien conozco que á ofenderos
mi vil pasion encamina;
mas vuestra misericordia
de instante á instante me avisa,
á cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfia;
ea, Dios mio, amparadme.
Y entre angustias y fatigas,
asido de las paredes,
de la iglesia me salia.
Cuando ya me ví en la calle,
como que no lo creia,
triste y muy pesaroso
fui á mi casa, y repartia
dineros, joyas y alhajas;
la ropa de mas estima
la regalé á mi criado,
y abrazándole decia:
ea, leal compañero,
Lisardo perdió la vida:
yo propio le ví matar,
que te daré señas fijas;
yo le acompañé en su entierro,
yo asistí mientras se hacian
sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
ya no nos veremos mas.
que voy á hacer nueva vida;
para salvarme me aparto,
porque ya Dios me destina
donde he de hacer penitencia
lo restante de mi vida,
Mañana irás al convento,
dando á Teodora noticia
dirás lo que me ha pasado,
que reflexione su vida.
y que me encomiende á Dios,
que todo el tiempo que viva
no me verán mas sus ojos.
Con lágrimas repetidas
estas razones le dije
por últimas repetidas
quedando el triste criado
tan asustado, que hacia
estremos de sentimiento
cuando vió que me partia.
Hasta aquí llega mi historia,
todo es la verdad fija:
adios, Cárlos, y si acaso
mi relacion te lastima,
pide á Dios que nos defienda
de tentaciones nocivas.
y de los lazos del mundo,
porque al partir de esta vida
subamos todos triunfantes
á la patria esclarecida.

Madrid: 1850.
Imprenta de D. José María Marés, Calle de Relatores, núm. 17.